

En mi vida anterior fui empleado

En mi vida anterior fue empleado.
Fichaba el corazón cada mañana
y el tiempo transcurría sin otros sobresaltos que los habituales:
vivir desde los lunes a los viernes atendiendo sumiso a las indicaciones de los
que se llamaban capitanes de empresa,
entre tribunos de la plebe, al parecer capaces de morir por la defensa de la
nómina en orden alfabético.
Galdós, Cervantes, Dostoiewsky, Proust, Santa Teresa, Goethe y, sobre todo,
Agatha Christie,
eran nombre rodados con olor a factura y a almacén,
equiparables a la mantequilla o el chorizo,
sujetos copuladores de la palabra comercial,
alfa y omega, Sinaí y, asimismo, cada vez más ¡ay! Torre de Babel.

Fui arrojado, fueron cortadas mis raíces,
y acabé por creermelo que ese destino era
el del pez en el agua.
Vine de un paraíso del Sur, con libertad
y bolsillos desnudos como el aire,
en un tren del otoño y hacia lo que la presunción llama conquista.

Sin haberme movido de esos años,
de unas cuarenta y nueve pagas extra,
conozco la Prehistoria, su caza de animales;
conozco, especialmente, el trajín del Medievo,
la Edad Moderna algunos días
y la Contemporánea de los sábados.
Pero, por lo común, resultaba difícil distinguir las edades,
y Atila podía hablarme por teléfono
y brujas deliciosas desprender un perfume recién promocionado en la televisión
y algún jerarca mugir igual que el uro de los bosques.

No se sospecha nunca lo que puede de suyo acumular la víscera latente de
cualquier empleado: piedras y guillotinas, clines, satais,
porcentajes, máscaras, rinocerontes, dulzuras dieciochescas, gestos
decimonónicos, qué sé yo cuánto hervir.



Ahora que ya no soy ese empleado
recuerdo aquel difunto que subía a las siete al autobús,
que compraba el periódico para tener la seguridad de hallarme en otro día.

Ahora que ya no soy ese empleado
comprendo que perdí una trama de épocas, los rostros, las noticias de régimen
interno, el sobre, su regalo a tan inquebrantable asiduidad.
Sólo que el tiempo es vaso para mí.
Lo bebo cuando gusto
y cualquier día retorna el paraíso.
En otra encarnación, seguramente.

Luis Jiménez Martos

